EL ANILLO Y LA MÁSCARA

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

EL ANILLO Y LA MÁSCARA

edhasa

Consulte nuestra página web: https//www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Studio

Primera edición: noviembre de 2026

© José Luis González García, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6561-0

Impreso por Gómez Aparicio S.L

Depósito legal: B 19512-2026

Impreso en España

PRIMERA PARTE

I. EL DUELO

A la salida del juicio, satisfecho por lo fácil que había resultado todo y lo bien que le vendría la victoria para las elecciones a la *quaestura*, el abogado preguntó a su cliente, el actor Quinto Roscio, qué le había parecido la defensa, pues el joven Cicerón era vanidoso. A la espera del elogio, acariciaba el anillo de oro que lo identificaba como caballero.

–¡Cómo no agradecértela, noble Marco Tulio! Aunque he echado de menos que tu cuerpo siguiera tus razones. Disculpa, pero eras como una estatua de la que salieran inconmovibles oráculos... Tus manos permanecían fijas en las costillas más tiempo de la cuenta, y tu cabeza se adelantaba al cuerpo más de medio palmo. No vi que una pierna aventajara a la otra, tan inmóviles y simétricas estaban, y la toga parecía más bien una coraza, no un privilegio sobre tu cuerpo. Además, los ojos se movían sin parar a la izquierda, inventando, no recordando. Te agradezco lo que has hecho por mí, pues no creía salir libre, pero no te alabaré más que en aquello que pueda ser escrito… Espero no parecerte ingrato.

–Tienes la libertad. ¡Algo hemos hecho!, ¿no crees?

–Noble señor, por supuesto. Me imaginaba ya degollado. Te debo la vida. –Inútilmente, buscó el abogado signos de burla en el rostro de Roscio. Era como si su mundo perteneciera a otro lugar. Parecía ajeno a multas, culpas y prisiones, y pendiente sólo del arte escénico; o tal vez pendiente de él mismo.

Cicerón estaba algo enfadado por las palabras de su defendido, pero respetaba mucho su talento. Por eso preguntó:

–Si tales deficiencias son tan evidentes, tal vez quieras corregirlas, digamos, por quinientos sestercios. –Esperó con curiosidad la respuesta. Era una cantidad importante.

–Supongo que te refieres a cada clase, noble señor.

Marco se escandalizó, pero rehízo la pose y fingió serenidad.

–¿Qué puedes enseñarme tú que no haya encontrado en otros a los que he estudiado?

–¡Pues es muy simple! Cualquier histrión te lo podría decir, pero no lo haré yo. Si quieres, en un juego, veremos qué te falta aprender para terminar tu formación como orador.

–¡Creo que nada! –Sonrió ante la oferta de su interlocutor–. ¡Tu vida es la prueba!

–Y te la regalo, ya que tú la recuperaste... ¿Quieres saber?

Marco Tulio observaba, divertido, a aquel hombre salvado de la cárcel.

–¿Saber qué?

–Trucos de los histriones, que con tu elocuencia sin par te podrían llevar, tal vez, al mundo del consulado.

La risa de Cicerón sonó agria y demasiado aguda.

–¡No sé qué me vas tú a enseñar! –No era del todo sincero: en más de una ocasión había admirado sus habilidades sobre los tablados desmontables del foro.

–Entre otras cosas, a no moverte como una estatua. Y tus manos..., ¡qué manera de desaprovecharlas! ¡Podrían ser la envidia de Roma!

–A lo mejor soy yo quien te puede enseñar algo a ti. –Empezaba a resultarle cargante aquel tono de superioridad de Roscio. No es que el actor careciera de motivos, pero Cicerón tampoco era un novato en la actuación ante el público; estaba bien formado y lo sabía–. Te propongo un duelo escénico. Ahí

veremos si debo pagarte por enseñarme o podemos aprender juntos, digamos, como colegas.

La cara de Roscio resplandeció. Le encantaban aquellas cosas. Estaba muy agradecido al abogado y no deseaba dejarlo en evidencia, pero una competición era algo que no podía rechazar. Pensó rápido y puso sus condiciones.

–¡Acepto si el juez es Claudio Esopo!

Cicerón no conocía a muchos actores personalmente: Esopo, el propio Roscio y poco más. Que este último propusiera como árbitro a Claudio Esopo, bastante más joven que él, indicaba una sincera admiración.

Esopo era un hombre peculiar: se pasaba interminables ratos ante la máscara de tragedia que se iba a poner, para conocer exactamente los rasgos que mostraría al público y los detalles de carácter que debería expresar. Era, sin duda, uno de los grandes actores del momento. Cicerón no podía rechazarlo, pero temía que se pusiera de parte de su colega por afinidad de profesión. Pensó en las alternativas: Sila, el dictador, habría sido un buen juez, pues había desarrollado un refinado gusto por la interpretación. Pero Sila ya no vivía y no se le ocurría nadie más, porque solía fijarse en políticos y oradores, y creía haber aprendido de ellos cuanto le podían enseñar. Así que no le quedaba más remedio que aceptar a alguien de las tablas. Tenía amistad con Claudio Esopo y accedería, pero con ciertas precauciones.

–Deberá consultar con un grupo de personas elegidas al azar en la calle, para que no todo quede en sus manos. –Calculó los gastos: un denario a cada uno por las molestias, si no eran nobles. En el caso de que lo fueran, no los ofendería con una suma tan ridícula, sino que los invitaría a cenar después.

–¿Hemos de hacer de oradores o de actores?

–Cada cual lo decida. Se juzga una puesta en escena y un resultado. ¿Te vale?

Roscio se mostró efusivamente de acuerdo. Habría competición.

* * *

Era primavera. Marco Tulio Cicerón había ordenado levantar una tarima cerca de su casa, y frente a ella se habían colocado varios escaños corridos a una sola altura, pues los espectadores no serían más de treinta o cuarenta.

Claudio Esopo se encontraba en el centro. A su izquierda había actores invitados por él, expectantes; a su derecha, familiares y amigos de Cicerón. En los escaños menos centrados, diez personas elegidas al azar, togadas y con aire divertido.

Marco Tulio era curioso y buen alumno. Tenía más osadía que humildad, pero no era tonto. Esopo había dejado en sus manos la elección del tema, del que ambos ofrecerían su visión, y, tras mucho meditar, había elegido uno trágico para competir con el actor cómico: nada menos que la locura de Áyax. Cicerón no tenía ventaja; sólo se había movido a su criterio sobre las pautas establecidas. Para lo demás no habría reglas.

El juez se mostró sorprendido y estimulado por aquel tema, pues nunca había visto en un papel trágico a Roscio, cuyas capacidades dramáticas apreciaba: su voz era contundente y bien modulada, pero habría que ver cómo se las ingeniaba para rebatir a Cicerón y defender al griego. El abogado haría un discurso en que juzgaría la acción de Áyax como impía y refrendaría su suicidio como la acción más lógica. Quinto Roscio defendería la opinión contraria.

El duelo no sería sencillo. El propio Sila había apreciado las dotes de Roscio hasta el punto de regalarle el anillo de oro del orden ecuestre, con lo que había elevado su estatus en Roma. Cicerón comentó entonces que el actor merecería incluso pertenecer al orden senatorial; unas palabras que despertaron críticas y que él jamás negó haber pronunciado: también admiraba al histrión, pese a todo.

Habían tenido dos días para prepararse y era hora de ver en qué los habían empleado. Subió primero Marco Tulio Cicerón, que saludó amablemente a sus invitados y a quienes se habían acercado a curiosear.

Aunque todos en el público conocían, probablemente, el asunto, un esclavo lo recordó al auditorio: «Durante la guerra de Troya, Áyax y Ulises exigen las armas del difunto Aquiles. Se le conceden a Ulises. Enloquecido por la rabia, Áyax entra esa noche en las tiendas de los jefes griegos y los asesina. Una diosa separa entonces el velo que le ha nublado el entendimiento y *él* comprueba que sus víctimas han sido ovejas, no guerreros. Avergonzado y desengañado, se arroja sobre su espada».

Esopo departía con tranquilidad con sus conocidos sin percatarse, aparentemente, de que se había hecho el silencio y su anfitrión ya estaba en escena.

–¡Amigos! –exclamó de repente Cicerón–. La muerte de Áyax fue provocada por una diosa. Su ambición lo llevó a buscar la muerte de los líderes con los que había compartido años de guerra y sufrimientos. ¡Los dioses lo castigaron!

En un breve y sólido discurso desgranó las impiedades de la espada del guerrero, que había asesinado y desgarrado el corazón del ejército griego. ¡La burla de la diosa fue hacer que su odio quedara diluido en nada, al contrario que su vergüenza y la maldad de su intención! Matarse había sido lo único decente que llevara a cabo en tal noche.

El orador fue modulando la voz y dosificando la expresividad; primero exponiendo, después encarando lo inevitable y las decisiones de la diosa; y, finalmente, llegando al éxtasis en la aceptación de la culpa y el suicidio. ¡No había otra opción para cerrar un episodio tan vergonzoso, tras su vida magna! Sería, tal vez, lo único que aquel gran hombre dejara como recuerdo a los hijos de los nobles que aún pudieran escuchar las hazañas y desventuras de los héroes de Troya.

Los aplausos fueron sinceros. Cicerón observó que se estaba acercando mucha gente a ver qué ocurría. Su intención no había sido proponer un duelo ante tantos espectadores, pero qué le iba a hacer... El patio de su casa no podía albergar a muchos invitados, y que los curiosos acudieran era algo natural en la calle.

Roscio apareció en la tarima con una máscara de pantomima, de las que tienen la boca sellada. No pensaba hablar. Bajo la escena se colocaron algunos músicos con flauta y percusión, y también un grupo de personas con máscaras abiertas. Ellos sí hablarían.

La entrada fue extremadamente lenta. La máscara del actor no estaba pintada: era de lino color crudo, y la adornaba crin de caballo sin teñir. Una flauta inició un canto fúnebre y los músicos entonaron un «¡Desgraciado yo!» sin mucha más letra, pues era pantomima lo que había elegido Roscio. Los crótalos comenzaron a sonar, y después los cántaros recubiertos con piel de cabra.

Los aplausos de los asistentes incitaron a Roscio a moverse: se colocó en posición yacente y sus piernas se extendieron como las de un muerto. Los cantantes empezaron a nombrar a los troyanos que Áyax había matado. Cada vez que citaban a uno, el actor se levantaba y rememoraba con mímica el momento del combate. Su cuerpo no parecía romano, sino enteramente griego, buscando tanto la gloria guerrera como la victoria en la lucha de líderes.

La percusión y las flautas cesaron y Roscio comenzó su baile. Nada en él parecía orgulloso. Sus movimientos eran los de un héroe que se contiene, que trata de ayudar por encima de su propia vanidad. Aturdido, colocó unas lajas de pizarra y ofreció el sacrificio de sus sandalias a los dioses todos. Uno de los cantores, bien aleccionado, lo explicó con concisión. Todo en el actor era fuerza controlada y piedad ante las divinidades. Inclinó la cabeza, y fue de tal humildad su gesto que los asis-

tentes habrían jurado que la máscara adoptaba también esa expresión.

Roscio fue despojándose de las ropas de guerrero ante su auditorio, a excepción de una túnica sencilla y de su máscara, muda y sobria. Había en su acción igual desprendimiento que decoro. Renunciaba a interpretar el crimen y la locura con que la diosa castigara al héroe para detenerse en el momento en que su destino, tan amargo, parece injusto tras la belleza de su ofrenda. En ese instante de la humillación, la devoción a la divinidad, el sacrificio de las sandalias, se concentraba la potencia argumental. El destino llegará como lo hace siempre, pero el Áyax que Roscio mostraba era el digno de recuerdo por su humanidad. Traía a la memoria a aquel poderoso Aquiles que, al comienzo de la *Ilíada*, no se muestra entre la sangre de los enemigos, sino cantando delicadamente sus penas. Así también, el soberbio Áyax del actor era leve y manso. Se hizo el silencio y el público permaneció también en él, conmovido. Poco a poco, de la sorpresa emergió el entusiasmo y se oyó un aplauso estruendoso. No había dicho Roscio una sola palabra, pero su actuación había resultado muy superior a la del abogado, a quien debía la vida y que ahora miraba al suelo, asombrado.

Un esclavo de Cicerón subió a la tarima y pidió a los asistentes un parecer claro. No hubo duda: el actor había vencido, y lo había hecho sin mostrar la expresividad y la potencia de su voz. Cicerón hizo traer fruta, bebida y pinchos de cerdo del foro; lejos de sentirse rencoroso, departió con Roscio, deslumbrado por su actuación.

–Marco, tu voz la estás formando con gran habilidad, igual que tus recursos oratorios. Hoy he acudido a tu cita con la sola arma de mi baile. Con el movimiento he presentado la contrición del héroe que se abandona a lo que decidan los dioses; y eso es también la piedad, no sólo el ofrecimiento correcto del sacrificio. Me he esforzado en mostrar ese sentimiento, que es más fácil de representar que de explicar.

El orador seguía impresionado.

–¡Pero no hablaste! ¡Ni un sonido!

–Me aproveché de la ventaja de la máscara muda. Todos sabían que no lo haría. Por eso la atención quedó fija desde el principio en mis movimientos. La música y las pocas palabras de los recitadores ayudaron, desde luego, a crear el ambiente, pero todo fue pantomima. –Cada palabra de Roscio aumentaba la admiración del orador por lo que acababa de ver.

–A través de la máscara se veía brillar el fuego en tus ojos...

Roscio los abrió algo más, inconscientemente. Cuando actuaba eran como las fauces de un lobo. Aunque se había contenido, al abogado no se le escapaba la pasión que exhibiera su rival sin siquiera quererlo.

–¿Me enseñarás algo de tu arte?

–Una cosa es recitar los textos, y otra muy diferente interpretarlos con el movimiento. Las manos son otra boca del cuerpo. ¡Puedo enseñarte algunas cosas, sí!

El duelo había sido un acto festivo y no hubo malas caras por el resultado. Roscio, que disfrutaba de una buena fortuna, la incrementaría y se haría con un amigo que, si su ojo no lo engañaba, había de ser influyente en la ciudad. Cicerón ganaba un maestro, uno más, que le enseñaría lo que pocos podían: conjugar la *gravitas* de un hombre respetable con el ardor del histrión; los «trucos» a los que se había referido y que eran muchos, sin duda, pero especialmente el uso complejo y seductor de las manos. Unas maravillosas manos que un día se verían cortadas y expuestas, junto con la cabeza de su dueño, en el escenario de los oradores del foro romano.

El juez, Claudio Esopo, era, más o menos, de la edad de Cicerón. La tragedia era su género y se le consideraba uno de los mejores actores de la urbe. Tenía por costumbre asistir a juicios privados donde estudiaba al detalle la forma de decla-

mar y argumentar de los abogados. Su estilo era oriental, apasionado, lleno de sensualidad; tenía todo lo que un actor puede desear en ornamento y riqueza expresiva, además de la calidad de los argumentos y, por supuesto, la voz. También gozaba de una memoria prodigiosa y era capaz de repetir el discurso de un litigante palabra por palabra.

De entre las docenas de actores de la ciudad, los más grandes eran, sin duda, Esopo y Roscio, al que Cicerón se había atrevido a retar. Eran adorados por el pueblo y actuaban con máscara; no se exhibían.

Ningún ciudadano podía hacerlo sin caer en deshonra. Sin embargo, el público podía exigir que algún actor se descubriera el rostro, sobre todo si en su parlamento había palabras ofensivas contra alguien. Por eso, el oficio era ejercido por esclavos, libertos o extranjeros. El caso de Roscio era excepcional, pues, como caballero que era, llevaba máscara y tenía el derecho de no quitársela: era un ciudadano tan puro e intocable en su honra como un agricultor; la esencia de Roma.

Dejando a un lado a los actores ocasionales de atelanas, los más populares eran los mimos, que con sus carros desmontables exhibían a cara descubierta la vulgaridad de sus espectáculos. La gente se reía con los malentendidos y las infidelidades. Las chicas recibían los aplausos del público y se les pedía que dejaran caer las prendas que las cubrían, cosa que hacían para regocijo de los espectadores.

Así, ser actor en Roma resultaba difícil desde el punto de vista social, pero no desde el económico: se lograban grandes fortunas en la profesión, y los ediles debían tratar con los jefes de compañía y pagarles bien para que sus representaciones agradaran al público.

Había algo que Claudio Esopo deseaba pedir al candidato a cuestor. ¿Se atrevería? Su elección como árbitro en el concurso le había permitido acercarse al joven abogado; había meditado y apartado de la cabeza en varias ocasiones la

idea de hablar con él, pero era momento de decidirse. Se llevó a Cicerón a un aparte y le contó:

–Ayer maté a un hombre. –Observó la incredulidad en los ojos del abogado. Ya no podía volver atrás–. ¿Me defenderás?

–¿Qué..., qué ocurrió? –titubeó Marco Tulio Cicerón.

–Interpretaba a Atreo. Estaba planeando la venganza sobre Tiestes, que tenía a mi esposa por amante. Llevado por la ira, en pleno apogeo de la actuación golpeé con el cetro a uno de los sirvientes, y lo hice con tan mala suerte que murió.

–¿Era libre o esclavo?

–Esclavo, creo.

–Pues ofrece una cantidad generosa a su amo para resarcir el daño y no tendré que defenderte, amigo mío... Volvamos con los demás.

Así de fácilmente se cerró el episodio de angustia del histrión. Y es que aquel joven aspirante a cuestor sabía ganarse la confianza de cualquiera. Claudio Esopo siguió su consejo y logró resolver el suceso con un acuerdo olvidable que le permitiría seguir cosechando éxitos.

Roma era cualquier cosa menos discreta, y al día siguiente hasta los senadores tendrían noticia del espectáculo protagonizado por Cicerón y Quinto Roscio; un duelo divertido en que ambos habían reído y muchos otros habían aplaudido y felicitado a los contendientes. Una ocurrencia que llegaría, incluso, a tener relevancia en las vidas de algunos espectadores.

Décimo Laberio, del orden ecuestre, había asistido sin palabras a la competición, y sin ellas regresaría a casa. A sus treinta años seguía siendo impresionable. Ni el impecable latín de Cicerón ni su estilo poderoso le habían impactado tanto como la escenografía de Roscio. El que sería maestro de dicción del abogado no había necesitado abrir la boca para imponerse.

Algo muy diferente había sentido el joven Siro. Aunque le costaba admitirlo, pues no podía tener esperanzas de llegar a ser un día como aquellos hombres, se había sentido conmovido.

Observando a los contendientes, a Laberio se le había ocurrido que la unión de las habilidades de ambos podría dar a Roma un orador invencible. De sus ensoñaciones lo había sacado una mujer de unos veinte años, la mayor belleza que hubiera visto jamás. Tenía el cabello oscuro y la piel y los ojos claros. No llevaba nada para presumir de rango ni mostraba el recato de una matrona. Ella mantenía la mirada en Quinto Roscio, y Laberio no apartaba los ojos de ella, quien finalmente lo miró también. Pero Quinto Roscio ya se iba, y eso distrajo al caballero, que se dirigió a él.

–Roscio…

Le tenía respeto por la calidad de su arte, pero él era un *eques* por nacimiento y fortuna, y el actor lo era por la gracia de Sila; así que no sabía si debía mostrarse superior como ciudadano o inferior como aprendiz.

–¿Sí?

Dejó caer su pregunta con cierta timidez.

–Has vencido sin hablar. ¡Eso no es elocuencia!

Roscio sonrió, reconociendo en el hombre a un caballero.

–Llevas razón. ¿Deseas algo más?

Laberio tenía más preguntas, pero no hubo tiempo de hacerlas: el actor ya había sido retirado por sus admiradores.

Aunque solía sentirse bien consigo mismo, en aquel momento tuvo sensación de ridículo. No importaba la edad, sino la condición: el otro era un triste actor, caballero por capricho de Sila. Por supuesto, no podía considerarlo un igual. Si pidiera a un mozo de cuadra que le enseñara a ajustar las cinchas del caballo, se las arreglaría para aprender a hacerlo como él, y mejor aún, pero eso no convertiría al muchacho en caballero. Algo así lo unía al histrión, por cuyo arte sentía más

atracción de lo que habría deseado. No quería ser actor, ni por asomo, pero sus pensamientos le parecían risibles expuestos con aquella voz suya, hosca y hueca. Acababa de recibir una lección sobre cómo expresarse, y tomaba buena nota. Pero tenía claro que debían ser otros quienes manifestasen las ideas que pudiera tener.

II. EL SECUESTRO

La guerra de Sertorio continuaba en Hispania y Julio César comenzaba a ser conocido; el episodio de su secuestro por los piratas y su posterior venganza fue la comidilla en Roma durante semanas.

En el campo, las cosechas se habían recogido y los labradores lo celebraban con sus máscaras de corcho y pullas tan alegres como inofensivas. Nadie se sentía ofendido porque nadie deseaba ofender. Por unos días, el descanso y el regocijo sustituían a las fatigosas tareas cotidianas.

A Galeria Copiola, la mujer que había fascinado a Laberio, le gustaba asistir a aquellas fiestas de los labradores que ya habían guardado el fruto de la tierra. De todo se hacía chanza y todos reían con las groserías que se lanzaban unos a otros a un ritmo particular y en un verso sencillo que permitía la improvisación. Lo llamaban *fescennino*.

También ella actuaba, pero no del mismo modo. Por el momento tenía la suerte de que no le pidieran mucha participación en las obras. Era una emboliaria sin importancia, una bailarina de relleno. Y le bastaba. De hecho, deseaba no tener que hacer otra cosa. Su obligación principal era entretener al público con danzas durante el intermedio, mientras los actores preparaban la segunda parte del mimo. En ocasiones, había actuado, pero no le gustaba cuando el público pedía que las chicas se quitaran la ropa y todos aplaudían a rabiar. Para

su amiga Libana, sin embargo, aquél era el momento más divertido.

* * *

Galeria no era romana. O sí lo era, pero se le olvidaba. Tiempo atrás, la urbe había luchado contra sus aliados itálicos que reclamaban el derecho a la ciudadanía de Roma. Muchos pueblos habían ayudado a la expansión de la ciudad, y a algunos se les premió con la equiparación de derechos; pero los samnitas habían quedado excluidos pese a haber aportado tropas y comandantes. Galeria apenas tenía cinco años al comenzar la guerra, pero recordaba a los hombres del Samnio con sus cascos de dos plumas yéndose a la lucha contra los ingratos a los que llevaban años ayudando. Ahora, sin embargo, ella era tan romana como sus adversarios de entonces.

En la compañía, Ada la animaba a hablar, a entrar en el mundo del mimo, pero aceptaba la negativa de la joven porque sabía que, aunque el público reía a carcajadas con las escenas de actor, aflojaba la bolsa cuando veía a Galeria mover el cuerpo con aquella extraña armonía. Había en su danza una belleza alejada de lo que las otras muchachas exhibían para diversión de la gente. Ada no comprendía qué era exactamente, pero no pensaba desaprovechar su don, de modo que aceptaba lo que tenía sin perder expectativas: el futuro es incierto y nadie puede saber si lo que hoy sobra faltará mañana. Por su parte, Galeria veía en Ada el mundo del que huía, la realidad más sórdida. Ella y Caeco eran su tártaro, el remolino que quería absorberla y del que intentaba alejarse sin muchas esperanzas, pues los beneficios dependían en buena parte de ella. Pensaba lo justo. Tramaba lo justo. Esperaba lo justo. Ahora bailaba y lograba a duras penas esquivar el peso que aplastaba a otros compañeros de carro y de camino. Aunque resultaba difícil mantener su posición en la compañía, mien-

tras danzaba conseguía apartarse del dolor, la humillación y la sensación de ser algo sucio.

Un dinero bien reunido, si es de justicia, bien se ha de agradecer. Eso decía el jefe, Caeco. Y lo habían logrado con una función improvisada, lo que aún tenía más mérito. Quizá porque no esperaba tantas monedas por el trabajo, Caeco se sentía generoso aquel día y los había premiado con tiempo libre.

Copiola caminó sin rumbo durante el inesperado descanso. Dio con un gracioso foro, y así se encontró repentinamente inmersa en el duelo con que se inicia esta narración. Ver a un talento como Quinto Roscio haciendo pantomima para igualar a aquel abogado que, según le dijeron, se llamaba Cicerón, fue algo que nunca podría olvidar. Se dijo que debía mejorar sus movimientos, inspirada por lo que un hombre tan mayor era capaz de hacer. Imaginó sus propios brazos moviéndose con las armas de Áyax. Escuchó el río de palabras de Cicerón y se dio cuenta de que era valioso lo que oía, aunque aún no sabía por qué.

Allí habían ocurrido cosas que no se veían en su ambiente. Un hombre la miraba, y también un muchacho. El mayor no la impresionó. Del joven le sorprendió la ingenua atención que ponía en el carromato de la compañía.

A Siro le gustaba el aire alegre de los actores. Él también era alegre: su antiguo amo se lo decía, y a ello debía su reciente libertad. Había disfrutado de lo lindo viendo el duelo de expresión, pero todavía se encontraba confuso. Cierto era que siempre habría un amo –le costaba buscar otra palabra– al que ayudar, pero sentía algo de vértigo mezclado con incredulidad. Los últimos años los había pasado limpiando, llevando correspondencia, despellejando caza. Ahora era libre y no le resultaba fácil entender lo que eso significaba. No se le ocurría más que respirar profundamente y rogar por que su antiguo amo recordara la liberación que había concedido

en aquella velada de borrachera. Había habido testigos, ¡tan borrachos como él!, pero no estaba seguro de que el paseo que se estaba concediendo como ciudadano terminara bien. El miedo a que el amo ejerciera su derecho a recuperar el esclavo lo atormentaba. ¿Qué iba él a decir, si ocurría? ¿De qué serviría? ¡Ojalá se acordara...!

–¡Acércate, hombre! –gritó un hombre que asaba un trozo de pescado en el fuego–. ¡Aquí nos gustan los muchachos!

Se oyó la risa de otro. El chico no hizo caso; aquellas expresiones eran cotidianas incluso en los mejores barrios.

Algo más adelante había un carromato y a él se acercó. Era el de las muchachas. Había tres junto al fuego y todas le parecieron hermosas, pero no pudo llegar hasta ellas porque alguien le puso una hoja de acero en el cuello.

Instintivamente, echó la cabeza hacia atrás.

–Bribón, mala idea venir ahora... Si lo hubieras hecho esta mañana y echado algún as en la gorra, habría sido mejor. ¡Ama!

La tal ama no venía y la presión del cuchillo en la garganta no cedía. El joven no se movió.

–¡Suéltalo! –dijo Galeria–. He visto a este muchacho antes. No creo que sea peligroso.

–¡Estaba fisgando...! ¡Ama...!

–¡Te digo que lo sueltes!

El hombre del cuchillo dudó, pero esperó hasta que apareció Ada, seguida de Libana. El ama no mostró mucho interés por la situación; parecía atender al curso de algún pensamiento más importante. No obstante, se acercó a ellos. Su mirada pareció incluso dulce al posarse sobre el muchacho, al que estaba evaluando con rigor comercial.

–¿Eres libre?

–¡Desde ayer! –Al mover la mandíbula para responder, el filo hizo brotar unas gotas de sangre.

–O sea, que eras esclavo...

La risa de Ada sonó burlona. Volviéndose hacia el captor, ordenó:

–Átalo. Nos lo llevamos. –Aquello significaba: «Eres un esclavo mentiroso y a nadie le importas una mierda, salvo a los que te quieran despellejar».

Dedicó un guiño al joven, como si acabara de cerrar un trato con él, y se alejó, dejándolo desconcertado.

El hombre del cuchillo tuvo que esforzarse, pues el chico era escurridizo como una anguila y no podía hacer una presa clara para amarrarlo. Sin embargo, y pese a la indignación de Siro, no tardó mucho en tenerlo inmóvil e indefenso. En su desesperación, el muchacho rogó a las moiras que cambiaran su destino: aun confuso y agotado por el forcejeo, entendió que lo que le esperaba no era ya aquella libertad que apenas había empezado a conocer.

El hombre del cuchillo lo miró con extrañeza. Siro no supo si era pena lo que veía en aquellos ojos opacos y de párpados caídos.

III. LOS ESQUILINOS

Si uno dejaba el monte Palatino a la espalda y seguía caminando en línea recta, pronto comenzaba la subida al Esquilino. Allí había una fosa común donde eran enterrados los miserables de la ciudad de Roma. Un fuego ardía siempre como contraste del que mimaban en el foro las vírgenes vestales y constituía el hogar de Roma: un lugar blanco y puro como las prendas de las jóvenes que lo custodiaban. Las llamas del Esquilino, en cambio, carbonizaban a los difuntos cuyas exequias nadie pagaría, a los desgraciados, a los ladrones, a los asesinos y a toda la caterva de indeseables que poblaba la urbe.

Dos esclavos de la ciudad cuidaban de que ese fuego nunca se apagase, pero no por piedad, sino por necesidad: la fosa aumentaba cada día y el hedor era insoportable. No había jornada en que no llegasen carros cargados de hediondos nadies, también llamados esquilinos. El cementerio era la puerta de entrada a uno de los lugares más sagrados y corruptos de Roma: el bosque que albergaba el santuario de la diosa Juno Lucina.

Estaba prohibido cortar ramas; sólo se autorizaban las podas saludables. Nada de esos árboles se podía utilizar en la ciudad, por lo que el bosque había quedado como reducto de facinerosos, esclavos huidos, flacas prostitutas y maleantes: la inmundicia que ni los barrios de Suburra o Velabro, lo peor de la ciudad, llegaban a tolerar.

Quien desease estar fuera del control edilicio y no tuviera más remedio que asumir el riesgo de morir encontraba que el gran bosque de los esquilinos era su hogar; uno de los mejores escondites para criminales, lejos de los ejecutores de la justicia romana.

El carromato de Ada recogió cerca de allí a un hombre herido: llevaba un vendaje burdo en torno al muslo derecho, probable consecuencia de una reyerta de ladrones.

–Casi te dejo tirado. Tus líos siempre nos comprometen, Vico.

El interpelado, que se había subido con dificultad al interior cubierto, no dijo nada. Estaba tan agotado que, sintiéndose por fin seguro, se dejó vencer por el sueño. El traqueteo no lo despertó, ni los carros que, aprovechando la noche, entraban en la urbe para descargar sus mercancías. En aquella ciudad era imposible dormir en silencio.

Atravesaron la puerta Capena sin contratiempos. Los guardias dormían por turnos o se quitaban el aburrimiento de encima con las tabas, el *latrunculi* o molestando a las jovencitas. Ada dio gracias a los dioses: apenas un tímido saludo y ya estaban fuera de los muros.

Los caballos tiraban con desgana, pero obedientes. No mucho después llegaron al manantial de las náyades Camenas y al bosquecillo a ellas dedicado. Ada guio a los animales y se internaron en él hasta que la oscuridad los cubrió.

Entonces permitió que el muchacho saliera, atado, del carromato, y también los otros: Galeria, el hombre del cuchillo y Libana. Enseguida se les unió el segundo carro. Las demás muchachas y otros dos actores se sumaron, y, sin palabras, como quienes han convivido largo tiempo, cenaron frugalmente.

Las miradas se concentraban en el joven esclavo, pero estaban demasiado cerca de Roma y no querían llamar la atención. Tal vez mañana pudieran hablar algo; de momento, lo mejor era callar. A Siro no le resultó indiferente tanta precau-

ción, e imaginó las maldades tremendas que debían de ocultar aquellas personas que, siendo gentes de escena, parecían encontrarse más seguras en el silencio. Llevaba manos y pies atados, aunque con flojedad: eran muchas las miradas que debería esquivar para fugarse y el ama ya lo había considerado, sin duda. El herido estaba a su lado. Continuamente, se palpaba la pierna lastimada y parecía buscar posibles signos de podredumbre en ella, pues no dejaba de observar el vendaje, que a veces se soltaba sin necesidad. Siro prefirió concentrarse en los otros.

Ada ofreció leche a las náyades y les pidió la fortuna que pudieran otorgarle.

Bebió agua del manantial y se puso bajo la protección de Carmenta. Algo la impulsó a llevar con ella a su actriz menos complaciente, Galeria, a la que obligó, pese a ser ya una mujer, a mojarse los cabellos.

Galeria Copiola obedeció. Dejó que el agua resbalara por su cabeza hasta notar el frío en el nacimiento del cuello y las sienes desprotegidas. El ama la sujetaba y le decía que no se moviera.

La joven no sólo permitió que se le mojaran cabeza y cuello, sino que inclinó el cuerpo para que el agua helada le bajara por la espalda, a lo largo de la columna. No quedó parte de ella sin empapar.

Ada parecía satisfecha, pero sólo dijo:

–No podemos encender un fuego, pero puedes arrimarte a Pelasio o al nuevo, si quieres.

Soltó una carcajada, pues de sobra sabía que Galeria no le haría caso en aquello. Y siguió riendo cuando la vio secarse con su vestido mojado. Pero su risa no solía indicar alegría. La ponía nerviosa esa muchacha que se doblegaba siempre, pero que parecía no entregarse nunca. Con ella entraba dinero en la cesta y por eso la aguantaba, pero, así como con las demás sabía ser la madre, el ama, con Galeria, no lo conseguía.

La joven no hizo caso de las burlas y se retiró al interior de la carreta. El viaje a Capua llevaría varios días; era mejor tomárselo con calma. Lloró en silencio, como siempre, y cuando se serenó concilió aquel sueño que llegaba con misericordia para ayudarla a superar las penas de cada jornada.

Vico, el herido, aflojó las ligaduras del esclavo para que pudiera cenar algo. Nadie se opuso. Pese a las bromas crueles de Ada al encontrarlo, el ama parecía tenerle cierta consideración. Algo había que él aún ignoraba. Pero no tardaría en entender.

Estaban sentados alrededor de un tocón añejo y ancho que usaban como mesa. No es que aquellas habas frías fueran un manjar, pero no se atrevían a hacer fuego en el bosque sagrado. Galeria comía sin hablar: intentaba quedarse fuera de las discusiones que sin duda habría. Siempre se discutía en la compañía.

Un viejo salió y empezó a tirarse pedos delante de todos.

–¡Guárdatelos para la escena! –rio Ada.

Galeria se acercó a su amiga Libana y esperó. De sobra sabía que cuando Caeco comenzaba el *peán* de los pedos, algo se cocía. Ambas se separaron un poco de los carros, pero, mientras que la emboliaria se abstrajo inmediatamente de cuanto ocurría, Libana no pudo evitar sentir curiosidad.

–¿Quién es este mocoso? –dijo el recién llegado. Se refería a Siro.

Estaba malhumorado porque esperaba algo sabroso y sin sorpresas. Las sorpresas siempre eran malas, salvo en escena, donde dibujaban sonrisas y aumentaban el cobro.

Ada le explicó brevemente: el muchacho era un esclavo huido que reemplazaría al tonto de Appio. Éste había muerto de la enfermedad de los pantanos hacía unos días. Su cuerpo había ardido en el cementerio de los esquilinos.

El de los pedos se acercó a él y lo miró con toda solemnidad. El muchacho, atado al varal del carro, no ofrecía el as-